

ADVIENTO

P. Fernando Gioia, EP

www.reflexionando.org



HERALDOS DEL EVANGELIO

Los patriarcas, los profetas, el pueblo todo de Israel, suspiraba expectante por la llegada del Mesías, el esperado de las naciones, aquel que sería su libertador, el salvador.

La Santa Iglesia, en su sagrada liturgia, acompaña místicamente en este mes esa espera –que en su momento era angustiada– en el llamado Tiempo de Adviento. Período que ha comenzado este pasado domingo, que durará cuatro semanas hasta llegar a la celebración del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, en el día de Navidad.

Es el Adviento –del latín adventus–, el llegar, la espera de lo que ha de venir, la presencia comenzada, la expectación de lo que está en advenimiento, que viene. Es el remarcar la centralidad de Cristo Redentor en la historia de la salvación de los hombres.

No se puede determinar exactamente cuándo fue la primera vez en que la Iglesia estableció la celebración del Adviento. Apenas en el siglo IV comenzó a organizarse la liturgia entorno de la Encarnación del Verbo y la manifestación de Dios a los hombres. A sus inicios tuvo una cierta característica penitencial, a tal punto que la llamaban de “semi-cuaresma”. Posteriormente, la liturgia romana la concibió como un tiempo de gozosa y devota expectativa, de gozo y de esperanza. Fue San Gregorio Magno (590) quien lo organizó en cuatro semanas.

Durante este período, algunos signos festivos, que durante el año existen en la liturgia, toman una característica diferente que la penitencial de la Cuaresma, adquiriendo un aire de austeridad. Remarcando a los fieles nuestra condición pasajera de nuestra existencia, que somos peregrinos en esta tierra, sobresaltando la vigilancia y la esperanza. No se canta el “Gloria” en las misas, pero sí se mantiene el Aleluya, como aclamación previa al Evangelio. Las vestiduras son color morado. La austeridad se refleja en flores a discreción y la música sacra, al menos hasta el 14 de diciembre, será más suave, se reduce el uso de instrumentos. Concretamente se podría decir que todo es más sobrio. En este camino tendremos una excepción, será en el Tercer Domingo, llamado de Gaudete, que recibe ese nombre por

Expectativa ante el esperado de las naciones, del anunciado por los profetas, del Mesías, el Libertador y Salvador, Jesús Nuestro Señor.

la primera palabra en latín de la antífona de entrada, que dice: Gaudete in Domino Semper (estad siempre alegres en el Señor). En él las vestiduras serán color rosado.

Tres son los personajes que nos pondrá de manifiesto la liturgia en este tiempo en sus lecturas: el profeta Isaías, San Juan Bautista y María Santísima, la Virgen de la espera, modelos del Adviento que nos inspiran esperanza. Es el tiempo mariano por excelencia del Año Litúrgico, “tiempo particularmente apto para el culto a la Madre del Señor” (Pablo VI, Marialis Culto, 4). Esto será remarcado destacadamente en el IV Domingo, en el cual la Virgen María aparecerá asociada al misterio de la Encarnación del Verbo, unida al misterio del nacimiento de Cristo.

Se nos presentarán, en el camino litúrgico, hacia las solemnidades de la Navidad, dos características esenciales en este período. Primero será la preparación para conmemorar la primera venida del Hijo de Dios a los hombres, su nacimiento en el Portal de Belén. Al mismo tiempo, nos preparará para la expectativa de la segunda venida de Cristo, al final de los siglos, para juzgar a los vivos y a los muertos...

Tiempo en que fortaleceremos nuestra esperanza cristiana, en su primera etapa, hacia el 13 de diciembre, en que se orientará hacia el nacimiento histórico de Cristo Jesús. A partir del 14 de diciembre, nos orientará hacia la celebración actualizada sacramentalmente en la liturgia en la festividad de la Navidad, en esa noche lindamente llamada Nochebuena, 24 de diciembre.

La figura del profeta Isaías aparecerá, en este Ciclo Litúrgico que comenzamos, en las primeras lecturas de este tiempo que estamos comentando. Profeta por excelencia del tiempo de la espera, figura destacada del siglo VIII antes de Cristo, el gran anunciador de la venida del Señor, del nacimiento del Emmanuel, “Dios con nosotros”.

Hemos sido invitados a la vigilancia, en el pasado Primer Domingo de Adviento. “Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora



que menos penséis viene el Señor” (Mt 24, 44). Ya en el Segundo Domingo de Adviento la

invitación será, por boca del Precursor del Señor, San Juan Bautista, a la conversión, era la nota predominante: “Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos” (Mt 3, 2). Nos invita a que nos acerquemos al sacramento de la Confesión (Reconciliación). En el Tercer Domingo, Gaudete, el Heraldo del Mesías es presentado por Nuestro Señor a las gentes diciendo, “en verdad os digo, que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista” (Mt 11, 11), aquel que más que profeta, era el mensajero que preparó el camino para el Señor.

El IV Domingo de Adviento nos presentará la figura maravillosa de la esperanza: la Virgen María. Como nos dice el Prefacio “Cristo Señor nuestro, a quien los profetas anunciaron, la Virgen esperó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres.

Así, la Virgen María, es el personaje principal del Adviento, de la espera, de la venida del “Salvador, el Mesías, el Señor” (Lc 2, 11).

Vivimos tiempos de incertidumbre, rodeados de todo tipo de crisis, que piden esperanza. El papa León XIV advirtió sobre la creciente pérdida de confianza en la vida y llamó a recuperar la esperanza como fuerza esencial de la existencia humana, destacando que la Pascua ofrece la luz necesaria para enfrentar un mundo marcado por el cansancio, la incertidumbre y la desilusión (26-11-2025).

Qué mejor que este tiempo de preparación para la Navidad para avanzar en el camino de nuestro cambio de actitudes. Que seamos vigilantes, que observemos los mandamientos, que nos acerquemos al sacramento de la confesión. Así nos preparamos en una espiritualidad coherente, para recibir al que durante milenios fue el esperado de las naciones, anunciado por los profetas, nuestro libertador y salvador, Jesús Nuestro Señor, hecho niño.

Cuando en la Noche Santa resuene a nuestros oídos el antiguo cántico “Hodie Christus natus est”, “hoy ha nacido Cristo”, alegres estaremos, porque la presencia de la luz de Cristo Nuestro Señor, alejará de nosotros las tinieblas del egoísmo.